



CARTAS

SOBRE

POLÍTICA EUROPEA.

CAPITULO I.

MANIOBRAS IMPERIALES.

Agosto, 1872.

¡El Sacro Imperio Germánico! No hay frente alguna que no se incline ante este nombre de todo en todo prestigioso. El Sacro Imperio Germánico es el fuerte, el valerosísimo, el deslumbrador, el divino, el omnipotente, el Paraiso de todos aquellos que sólo bajan la cabeza al poder y sólo admiran los triunfos y los prodigios de la fuerza. El Sacro Imperio Germánico no tiene para muchos sombra alguna desde que registra tantas y tan ruidosas victorias. Sin embargo, los males de la centralizacion imperial bro-

tan ya por todas partes en Prusia. La pensadora Alemania corre peligro de perder aquella nativa originalidad, secreto resorte de su gloria, por haber perdido esa variedad, resorte verdadero de su fuerza. Una ciudad central nace, crece, se organiza, con ejércitos de funcionarios asalariados, con millones de políticos oscuros, con aristocracias burocráticas y parásitas, con pretendientes voraces, con agiotistas impúdicos, verdadera Babilonia indispensable á los semi-dioses que se llaman Emperadores y Césares. La improvisación de esta ciudad imperial ha traído necesariamente males sin número á los habitantes de Berlin. Los especuladores han caído sobre las casas, que pasan rápidamente de tres á cuatro manos en ágios escandalosos. Los industriales se ven asaltados de propietarios que los explotan y los estrujan, aumentando el precio de los alquileres. En Prusia es verdadero pária el pobre inquilino. Páganse precios fabulosos por bohardillas inhabitables, por tabucos, en realidad siniestras madrigueras. Esta situación económica y ha traído un verdadero conflicto. Las quejas de atribuladoísimo inquilino han sublevado los ánimos. Los agentes de la autoridad

han pretendido intervenir, y sobre ellos ha descargado la cólera popular. El motin tomaba siniestro aspecto de revolución, y fué necesario apelar á la fuerza armada para conseguir la pacificación del exaltado pueblo. De esta suerte se forman y se condensan en la atmósfera las revoluciones sociales.

Mientras así rabian los regidos, apercíbense á divertirse los reyes, hasta que llega el momento de volver á exigir para futuras guerras, nuevos torrentes de sangre. El emperador de Austria, el emperador de Rusia, el emperador de Alemania, se encontrarán y departirán allí en Berlin, capital improvisada de las regiones del Norte. Decíase que el príncipe heredero, eslavo de corazón, puesto á la cabeza del partido ruso, contrario á la política alemana de su padre, amigo de todos los enemigos de Prusia, constante en sus simpatías por Francia, conspirador perpétuo contra Bismarck, no acudiría á la entrevista, dejando pendiente sobre la cabeza de los tres emperadores esa tempestuosa amenaza del porvenir. Mas el emperador Alejandro, que ha cortado los debates en la prensa rusa, resucitando sobre las advertencias administrativas la antigua censura ru-

sa, no quiere tampoco debates ni contradicciones en su palacio, junto á su trono, y lleva consigo al príncipe heredero para adscribirlo, de grado ó fuerza, á su política. El talento es prestigioso, y Bismarck ejerce verdadero influjo magnético sobre los potentados del Norte. Pero las cuestiones que dividen serán siempre cuestiones insolubles para los Imperios, para los emperadores, atentos, más bien que á las afinidades de raza y á la justicia absoluta, á los intereses dinásticos y al privilegio de sus cuasi-divinas familias. ¿Cómo armonizar las pretensiones del Imperio alemán sobre las provincias germánicas del Báltico y la posesión tranquila del Imperio ruso sobre esas provincias? ¿Cómo las tendencias del Imperio austriaco á conservar su predominio sobre las tierras hereditarias se compaginarán con las tendencias del Imperio alemán á ver esas mismas tierras bajo la sombra de su extenso pabellón? ¿Cómo podrán entenderse jamás Austria y Rusia sobre la herencia del gran moribundo, del Imperio turco? ¿Cómo podrán avenirse sobre la cuestión de las cuestiones, sobre la cuestión de los Principados Danubianos? La Hungría odia de co-

razón á Rusia; la Rusia devuelve ese odio á Hungría. Los ruthenos, que detestan y maldicen á los magyares, muévense en sus maldiciones y en su odio á impulsos de una maquinación rusa. El magyar sabe que en las pretensiones ruthenas hay mucho de interés ruso. El Austria sabe que en las cuestiones de Praga, en el movimiento de Bohemia, en la evocación continua á los mártires nacionales sacrificados por un Concilio católico y un emperador alemán, hay mucho del espectro ruso, que acaricia constantemente la suprema jefatura, la dirección suprema de un imperio eslavo. Todas estas dificultades no se arreglarán jamás con entrevistas. Entre las frentes coronadas que se inclinan, las manos que se aprietan, los brazos que se entrelazan, vibrará perpétuamente el rayo de la guerra.

CAPITULO II.

ALMA MATER.

CAPITULO II.

ALMA MATER.

Tarasp, Setiembre de 1874.

Cuentan los críticos y los historiadores, que Schiller jamás visitó á Suiza. Y esto no obsta para que describiese con todos sus colores las altas montañas cuyos picos se elevan sobre las regiones de las nubes; los celestes lagos cuyas aguas se duermen tranquilamente en el fondo de los valles; las triangulares casitas á cuyas puertas se congregan los ganados; los tapices de frescos prados, donde se juntan el pastor que acaba de encerrar sus vacas, el batelero que acaba de amarrar su barca, el montañés que descende de los desfiladeros, el agricultor que cultiva los valles á distraerse en juegos ino-

centes, departir sobre asuntos públicos, y consagrar alguna ofrenda de obra ó de palabra á la religion de este pueblo, á esa religion cuya visible trinidad se compone de estas tres ideas, resumen de todo lo existente y todo lo posible: la naturaleza, la libertad y Dios.

Un poeta como Schiller, encerrado en sí mismo, y evocando por los conjuros de sus ideas la pastoril Suiza, puede pintarla felizmente si á sus propias inspiraciones, á la luz de su genio, al color de su paleta, reúne los consejos de Goethe, que recorrió los Alpes por sus dos vertientes, y les consagró esos cánticos inspirados por su amor panteista al universo. Pero nosotros, que no recibimos del Creador tantos dones, ¡ah! necesitamos verla, ver esta Suiza, madre fecunda de la libertad, y vírgen inmaculada, como el tierno símbolo del amor cristiano, para sentirla en toda su hermosura real, y admirarla con todo nuestro religioso culto. Cuántas veces, en la oscura noche, cuando ningun asomo del nuevo dia brilla por el horizonte, las sensibles cúspides de eternos cristales, ligeramente matizadas de rosa por los dedos de la aurora apenas despierta, esas cúspides

confundidas con los cielos, nos han dado en su indescriptible alborada una imágen divina de la consoladora esperanza.

Imposible describir la variedad de espectáculos que guardan las montañas. Recuerdo el anochecer de una de las primeras tardes del mes de Setiembre en el canton de los Grisones. El cielo tenia una serenidad y una transparencia, parecidas á la serenidad y á la transparencia de las tardes hermosas en las regiones meridionales. Salíamos por un arco toscó pero airoso de feudal castillo alzado en pintoresca eminencia, y nos apoyamos sobre el muro á contemplar aquel cuadro en cuyo primer término campeaban las torres señoriales, donde se recogian á la sazón en las góticas agujas las inquietas golondrinas próximas á partirse, y saltaban para anunciar la noche los siniestros murciélagos. A nuestros piés una aldea, varios apriscos, la torre de humilde Iglesia, las paredes de sombrío claustro en cuyo jardin cababan los monjes, y el hormigueo de los trabajadores que se recogian, guiando sus carretas cargadas de oloroso heno y conduciendo sus ganados al redil entre las cadencias de campestres canciones y el sonido de

alegrísimas esquilas. Sobre nuestras cabezas, á pesar de hallarnos muy elevados, se elevaban á grande altura los Alpes inflamados por los últimos reflejos del dia, rotondas gigantescas de lápiz-lázuli, aéreas, transparentes, como si estuvieran iluminadas interiormente por arte de incomparable magia. La arquitectura de las montañas es uniforme y vária. El cono truncado, la pirámide perfecta, la ogiva mística, la linterna del renacimiento, el intercolumnio griego, todo se puede descubrir en las altas cimas, semejantes á las figuras fantásticas fingidas por las nubes que suelen amontonarse, al caer la tarde, sobre los horizontes del ocaso. Y esta arquitectura tan vária se halla realzada por colores y esmaltes deslumbrantes. Un prado que les da el color de la esmeralda, un terreno mineral que les da el color de la amatista, un torrente espumoso que tiene la sedosa blancura de las alas del cisne, unas aristas fuertemente acusadas como titánicas estrías que combinan la luz y las sombras en admirables gradaciones, los diamantes de las nieves eternas con sus resplandores dignos de competir en claridad con las estrellas, hacen de las montañas verdaderos mi-

elagos de color, verdaderas cordilleras de rica pedrería en las horas solemnes, sobre todo, en las horas poéticas y misteriosas, en las horas en que nace y muere el dia. Entre todos aquellos objetos tan hermosos, habia uno, que apenas advirtiéramos y que nos deslumbró con sus hechizos, un laguillo, encerrado entre praderas esmaltadas de flores. ¡Cómo repetia la luz de la tarde! ¡Cómo dibujaba cual un cristal veneciano las montañas! ¡Qué sensibilidad al menor cambio de matiz en la atmósfera! ¡Qué transiciones de color á color tan várias y tan bellas! Dormido, indiferente, sin que un soplo rozase su clara superficie, sin que un pez ni un insectillo formara ni siquiera un círculo en sus aguas, como si hubiera recogido cual solemos nosotros el aliento para escuchar las armonías de la tarde, como si se hubiera quedado extático é inmóvil ante la belleza del anochecer, como si le poseyera un sueño magnético, pasaba del color verde al color rosa, del color rosa al color perla, del color perla al color celeste, del color celeste al ópalo, cual si fuera una paleta en que estuvieran las hadas ensayando todos los matices de la eterna luz para esmaltar la corona ó de la poe-

sía ó del amor. No olvidaré nunca los juegos de la luz en aquel mágico lago.

Pero yo, en verdad, no admiro las praderas cubiertas de flores y de mariposas como si los meses del caluroso estío fueran todos ellos un Abril perpétuo; no admiro las triangulares casitas habitadas por pastores que crían en la tranquilidad más completa sus gordas y pácificas vacas, cuyas esquilas llenan los aires de melodías; no admiro los vergeles dignos de ser cantados por Garcilaso, abundantes en árboles, que se alzan cargados de frutos sobre el suelo cubierto de hortalizas y de legumbres; no admiro los graciosos bosques donde la oscura encina se entrelaza al claro roble, y sobre las anchas hojas y el pintoresco erizo de los castaños se mece al viento el olmo de Lombardía; no admiro las selvas con sus pinos que resisten los nevascos, ni los rios de agua vírgen que acaba casi de derretirse, ni los lagos celestes, ni las mansas cascadas que cantan, ni las bravas cataratas que truenan, ni los choques del alud, ni la nieve eterna, más dura que el mármol y más clara que el cristal en cuyas gigantescas facetas juega la luz con todos sus matices; lo admirable es que estas

montañas no solo hayan servido para alimentar con las linfas nacidas de sus urnas de plata las campiñas del centro de Europa, sino para sostener en la libertad una raza de campesinos, de cazadores, cuyos cantos, sin tener la fiebre de La Marsellesa, cánticos sencillos en que resuena el cuerno de caza y el balar y el mugir de ganado, son el cántico verdadero de la libertad.

Comparadlos con los montañeses vascos, que han tenido la gloria de engendrar á Ignacio de Loyola en lo pasado, y que tienen hoy la satisfacción de verter desde sus rios mares de sangre y mares de tinieblas, guiados por el demonio de la intolerancia religiosa para apagar la luz de la conciencia y el fuego de la vida en la infeliz España, su madre y nuestra madre.

Pero dejadme, en verdad, que admire á Dios en sus obras. Desde Interlaken á Zurich vais de maravilla en maravilla sin fatigaros nunca. El lago de Brienz tiene sus riberas tan pendientes, y sus montañas tan altas, que apenas pueden poner los piés en aquellos bordes algunas casitas y algunas aldehuelas. Imaginaos el contraste que formará con el lago azul y riente el monte os-



curo y ceñudo, remedo de la vida humana atravesada casi á un mismo tiempo en su breve curso por el dolor y la alegría. De una altura inconmensurable, abundante rio se precipita en diez y seis ó diez y siete cascadas, á cual más impetuosa, y todas igualmente bellas. A la orilla del lago oís el fragor, pero no veís el agua, sino en la serpiente gigantesca de rocío y de vapor que forma entre la selva la quebrada carrera de la ferviente catarata. Luego os aproximais y la desproporcion inmensa de vuestra debilidad con la fuerza del torrente, de vuestra fugaz vida con aquel eterno curso, á cuyo lado son como gotas de agua los años, involuntariamente os dan el escalofrio que produce siempre el pensamiento interior ó la contemplacion exterior de lo sublime. Por bordes oscuros, en los cuales crecen desde los árboles gigantes hasta la humilde parietaria; en lecho fragoso compuesto de pedriscos, de peñascos, de rocas enteras arrojadas allí por la fuerza misma de las aguas; desde la inmensa distancia que hay de la cima de perpendicular montaña á la orilla sureste del lago, baja en remolinos, en trombas de líquidos cristales, tronando como tempes-

tuosas nubes, irguiéndose en férvidas olas como tormentoso Océano, la impetuosa catarata de Giesbach, compuesta de varias serpenteantes cascadas, que todas levantan á los aires nubes de fresco vapor y llevan sobre sus blancas espaldas el deslumbrador arco iris.

No acabaria nunca si hubiera de describiros menudamente las maravillas que he visto en Suiza. Despues de largos años de lucha con las pasiones de los hombres, no os cansais de contemplar los espectáculos de la naturaleza. En su seno os bañais y os volveis más fuertes. En sus libros inmensos, con hojas de cielo, que son los horizontes, con letras de oro, que son las estrellas, leéis y releéis los problemas de la vida mejor que en las artificiosas páginas de los filósofos. Ella, la madre de la naturaleza, no conoce los partidos, ni las guerras religiosas, ni la variedad de Estados, ni nuestros odios, ni ninguno de los males con que hemos pretendido mancharlos, llamándonos á boca llena sus reyes, cuando apenas si merecemos ser sus esclavos. La naturaleza no conoce la muerte. Lanzadle por el capricho de un César que quiere arraigar su dinastía y esmal-

tar su corona; lanzadle un millon de cadáveres podridos, descompuestos, mal olientes; y ella los recogerá en sus amorosas entrañas y los transformará por su virtud creadora en la fibra del árbol, en la sávia de la flor, en el átomo de fósforo que sube á calentar el cerebro, en el glóbulo de hierro que corre á fortalecer el corazón. La idea quema mucho, agobia mucho, consume mucho. El hombre más robusto lleva en su rostro los surcos que deja el pensar. Necesitamos bañarnos en la vida universal como la esponja en el mar. ¡Qué hermoso Interlaken! Estais en el corazón de los Alpes. Las águilas gritan en vuestros oídos y pasan rozándoos el hombro como si os reconvinieran por haber osado penetrar en sus altísimas regiones. Los lagos de Thun y de Brienz, que en tiempos remotos debieron formar un solo lago, limitan esta lengua de tierra al Oriente y al Occidente. A vuestras espaldas, al Norte, abrup-ta peña casi inaccesible, la mitad sembrada de los oscuros tristes pinos piramidales, propios de estas regiones, pinos que parecen fatigados de soportar el peso de la nieve, la otra mitad sembrada de todos los árboles y de todos los arbustos que en los Alpes cre-

cen, presta en la oposicion de sus bosques al paisaje rica variedad de tonos, con su fondo de zafiro, sus vetas áureas y rojas formadas por el curso de los torrentes hoy en seco, sus ramas, ya de un verde oscuro que tira á negro, ya de un verde claro que tira á celeste, sus cimas ceñidas de plantas que han azotado el viento, los ventisqueros, la tempestad y sus bases arrancando de praderas que todo género de gayas flores bordan y esmaltan. En el fondo, trasparente rio de esas aguas alpestres, claras como vidrio, frias como nieve, del color de un cielo meridional, atravesado por fajas de verde-mar y orlas de diamantinas espumas, en las cuales juega hermosamente la luz y se refresca el aire. Limitan el rio, cuando salen del lago de Brienz, caprichosas colinas sembradas de verjeles, y cuando entra en el lago de Thun, sombríos y multiformes prados. Cortan todo el suelo multitud de huertos y jardines, fuentes y surtidores. Nogales seculares, altísimos, de corpulentos troncos, de innumerables ramas de pomposo follaje, cargados de frutos contrastan con las humildes aldeas, y los soberbios hoteles con los palacios que la aristocracia ha levantado allí para

consumir sus ocios en la estéril contemplación de la naturaleza, y las casitas suizas, templos del trabajo, triangulares como una ogiva, oscuras como un edificio secular, llenas por dentro del heno segado y recogido que huele á selva, y rodeadas de las serenas vacas, cuyas esquilas, dulcemente sonadas al buscar los pastos, levantan las fuertes cervices, os anuncian que vivís en el seno de égloga tranquila, si no estuvieran allí para recordaros algo más levantado y sublime, los peñascos en parte áridos por haberse desprendido recientemente de la nieve, en parte sombreados de bosques oscuros y de claras yerbas; punto intermedio entre las risueñas colinas del fondo de los valles y los altos inaccesibles picos, donde toda vegetación y toda vida se acaban, ostentando en su eterna inmaculada blancura las niveas moles, tan transparentes como el cristal de roca y tan sensibles á los cambiantes del día como la superficie de las aguas, y que parecen inmóviles é inalterables, aunque por sus aristas de hielo ruedan en continuo tronar los gigantescos aludes y en sus argentadas urnas los atronadores torrentes.

Pero, Dios mio, por mucho que las hu-

manas injusticias nos desalienten y nos en-tristezcan, jamás dudamos de que el espíritu es superior á la naturaleza, y de que aquí, en Suiza, es más admirable aún que la riqueza de tanta vida la austera y fecunda libertad.